

Vol. I. N.º 5

Septiembre 1939

# BABEL

BREVISTA DE REVISTAS

Sólo lo mejor de cuanto se publica

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA



## SUMARIO

HENRI BERGSON	Pensamiento y Acción
ROBERT BRIFFAULT	El individuo y la sociedad
ANDRE MALRAUX	La novela y el reportaje
ROBERT FORSYTHE	Yo conocí a Ernst Toller
PAUL ROSENFELD	James Joyce, ¿genio o charlatán?
STEFAN ZWEIG	La rebelión de Tolstoi
F. L. SCHUMAN	Furor teutonicus
SIDNEY HOOK (y otros)	En defensa del pensamiento libre
CATHERINE RADZIWILL	Stalin habla de Hitler
LEON TROTSKY	Una lección recientísima
ARTURO CANGFLA	Polémica sorda
D. F. SARMIENTO	El indio Juan Chipaco

CHILE  
Precio: \$ 1.00

NASCIMENTO

ARGENTINA  
Precio: \$ 0.20

## SUMARIO DEL N.º 1

(MAYO)

JEAN GUEHENNO	La fiesta de Hércules
LEWIS MUMFORD	El poder de lo patológico
LUIS ARAQUISTAIN	Retrato de Hitler
J. EDWARDS BELLO	Juicios extranjeros sobre Chile
ANDRE GIDE	Jef Last, poeta holandés
JEF LAST	Dos fragmentos de un discurso en Madrid
EMIL LUDWIG	Postscriptum a Mussolini
DIEGO RIVERA	Programa de lucha o de adaptación
B. SANIN CANO	¿Quién es mi prójimo?
EDMUND WILSON	Stalin como icono
IGNACIO SILONE	Un recuerdo infantil
HORACIO QUIROGA	Los Precursores

## SUMARIO DEL N.º 2

(JUNIO)

ALBERT EINSTEIN	La unidad de la vida
PAUL VALERY	América, proyección del espíritu europeo
THOMAS MANN	La guerra como solución desesperada
STEPHEN SPENDER	El punto de vista moderno
T. NAVARRO TOMAS	Miguel Hernández, poeta campesino
MIGUEL HERNANDEZ	El niño yuntero
JORGE SANTAYANA	Paganismo
ALFRED KERR	Recordando a Walther Rathenau
ALBERTO GERCHUNOFF	Carrión de los Condes
A. SERRANO PLAJA	El genio de España
ERNST TOLLER	Hábil interrogatorio
ERNESTO MONTENEGRO	El escritor y el pueblo
LEON TROTSKY	Krúpskaia ha muerto
BALDOMERO LILLO	La cruz de Salomón

## SUMARIO DEL N.º 3

(JULIO)

ENRIQUE HEINE	El Evangelio y la Filosofía
MARCEL PRENANT	La Revolución Francesa en el mundo
J. C. MARDRUS	Misión del escritor
P. DRIEU LA ROCHELLE	El escritor y el político
ANDRE CHAMSON	Recuerdo de "La Comuna"
ADOLFO SALAZAR	Notas sobre la Revolución Francesa
MANUEL ROJAS	El espíritu revolucionario
M. PICON-SALAS	Americanismo y autoctonismo
PAUL MORAND	Los franceses y la Argentina
E. MARTINEZ ESTRADA	Leer y escribir
CARLOS VICUÑA	Semblanza de un maestro
PAUL GROUSSAC	Pascua sangrienta

# BABEL

REVISTA DE REVISTAS. — APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Editor y distribuidor: LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO + N.º 5 + SEPTIEMBRE 1939 + CHILE

## PENSAMIENTO Y ACCION

(Hay que actuar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción)

POR HENRI BERGSON

De Síntesis

LOS problemas políticos y económicos, sociales e internacionales que se plantean en la actualidad tan sólo traducen, cada cual a su modo, la desproporción, que ha llegado a ser monstruosa, entre el cuerpo y el alma del género humano, ya que el alma no supo engrandecerse a su medida y flota en el interior de un cuerpo demasiado amplio para ella. Nuestra filosofía no bastará, a buen seguro, para restablecer el equilibrio: para llevar a cabo semejante empresa se necesitará una voluntad en extremo poderosa; se necesitará, asimismo, la experimentación, individual y colectiva, que es la única capaz de revelar las imprevisibles consecuencias de una teoría y de separar, en tal forma, lo posible de lo imposible. Pero la voluntad firme y buena existe, por fortuna, en gran número de personas; y en cuanto a la experimentación, se efectúa ante nosotros bajo forma de regímenes políticos y organizaciones sociales, de los cuales, aunque no vemos ahora sino sus antagonismos,

se sabrá más tarde, que colaboraron en una sola experiencia grandiosa. Si la filosofía interviniera para dar a todos la plena conciencia de sus movimientos, para facilitar los análisis y sugerir las síntesis, se podría iniciar una nueva era en la historia de la humanidad.

En cuanto a mí, veo que la máquina agrava, en la actualidad, la desigualdad entre los hombres, pero preveo también que en el futuro se contentará con un trabajo humano tan reducido, para una producción material tan abundante, que todos tendrán tiempo de dedicarse a las ocupaciones más nobles del espíritu: letras y ciencias, arte y filosofía. En favor de todos, entonces, ya que todos, en su punto de partida, tendrán igual preparación, y no sólo en favor de unos cuantos privilegiados, se ejercerá, en el transcurso de la vida, la selección que forma las élites. En cantidad, y sobre todo en valor, éstas se verán reforzadas. Y podría realizarse, en tal forma, una transfiguración de la humanidad. La célebre elegía de Tho-

mas Gray, que lloraba en un cementerio de aldea al pensar en el gran hombre que tal vez se hallaba enterrado allí, ya no correspondería a ninguna realidad.

Tales son algunas de las reflexiones— utopías o paradojas hoy en día y banalidades mañana—que sugerirá a los

filósofos el espectáculo del mundo moderno.

Para preparar el advenimiento de esa nueva era, propongo al filósofo, y aun al mortal común, que adopte el siguiente lema: **Hay que actuar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción.**

## EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD

POR ROBERT BRIFFAULT

De Scribner's Magazine

EL descubrimiento más extraordinario de nuestro tiempo consiste en haber comprendido el hecho de que la mente humana es un producto social. Por naturaleza, la mente del hombre en sus condiciones biológicas no incluye ninguno de los poderes de control, ningún equipo de sentimientos y afectos que la hagan humana. La mente del hombre se hace humana por su inclusión dentro de la estructura social y por la adquisición de la herencia acumulada y suministrada por esa estructura social. Apartado de ésta, el hombre no es más que un animal torpe e irreflexivo, carente de todo poder o sentimiento peculiarmente humanos.

A la luz de este nuevo conocimiento, la cuestión del progreso del hombre pierde mucho en importancia. Si ha progresado o no el ser humano individual, importa poco. Lo que importa no es tanto el progreso de un organismo fisiológico individual, como el del organismo social en el que se desarrolla.

El cerebro del hombre no presenta

biológicamente mayores progresos desde los tiempos prehistóricos hasta el presente.

El desarrollo de la humanidad moderna no se ha producido por el crecimiento de sus dones naturales ni de su cerebro, sino por el curso creciente de los conocimientos y de la experiencia social acumulados.

Darwin no podía descubrir este proceso en la evolución orgánica, porque no ha tenido lugar allí. Se trata de un proceso social. No es un fenómeno biológico, sino histórico y cultural. Tiene su asiento, no en el cerebro o en el alma individual, sino en el todo social.

El error básico que ha esterilizado todos los conscientes esfuerzos anteriores de perfeccionamiento humano, consistió en buscar la salvación individual bajo la ilusión de que el hombre podía efectivamente mejorarse a sí mismo, aunque la estructura social continuara sin ser mejorada.

Hoy esta falacia se hace cada vez más evidente. Y el principal objeto de

salvación no es hoy tanto el alma individual, como el organismo social.

La máquina es un instrumento de los fines humanos y su bondad o maldad depende de la bondad o maldad de esos fines. Usada como instrumento de codicia y explotación, una empresa industrial es casi tan dañina como un aeroplano de bombardeo o un torpedo. Usada para satisfacer las necesidades humanas, para aliviar el trabajo, el bienestar y el ocio, la máquina es uno de los más grandes instrumentos de mejora que el ingenio humano ha puesto a disposición del hombre.

Por tanto, no se trata de destruir la máquina o la tierra, sino los fines antisociales que pervierten la máquina y la tierra, y nunca ha estado el género humano más cerca de consumir ese propósito.

El error sobre el que estaban asentadas las culturas individualistas es más nocivo y peligroso que los errores en que se basaban la astronomía o la biología pre darwiniana. Tan peligroso que ha determinado la ruina de todas las

culturas del pasado. Su libertad creadora y su sublime exaltación del espíritu eran tan grandes como la miseria y la agonía de la mayor parte del género humano.

La humanidad está entrando ahora en una nueva fase de su crecimiento. Una experiencia amarga y penosa le está enseñando que el progreso no puede tener lugar en el ser humano individual, sino tiene lugar al mismo tiempo en el todo social, del cual es parte y producto. El individuo humano aislado y autosuficiente es una quimera que nunca ha existido. Sólo es humano, es decir, partícipe de los poderes de la humanidad en virtud del organismo social. Su conciencia y poderío individuales, su capacidad de perfeccionamiento y de felicidad no es más que un núcleo donde se concentran fuerzas que tienen su origen en todo el género humano. Su individualidad, su cultura, su fuente de perfección y de felicidad no pueden ser sanas, puras, verdaderas, fértiles y buenas mientras sean turbias y fétidas las fuentes sociales de que derivan.

## LA NOVELA Y EL REPORTAJE

POR ANDRÉ MALRAUX

De Indochine S.O.S.

CREO que es muy corto el número de novelistas de nuestro tiempo que al rondar en torno de los reportajes que se reúnen en volumen, no hayan sentido de pronto que allí se preparaba una nueva forma de novela, y no hayan abandonado con igual rapidez su es-

peranza. Sin embargo, el reportaje continúa una de las líneas más fuertes de la novela francesa, desde Balzac a Zola: la intrusión de un personaje en un mundo que nos lo descubre al descubrirlo él mismo.

Desde luego, la novela se hace cada

vez menos poderosa en Rusia, en América. Ha dominado a tal punto el siglo XIX que en la trascendencia e invasión de lo real ha podido verse la idea misma del arte. Muchas memorias pasaron por novelas, mientras que Retz y tantos otros metían novelas en sus memorias; y el ansia de verdad retoma su fuerza después que se vió como el artista puede emplear el mundo real, después que al arte que descansaba sobre la metáfora, se sobrepuso el arte que reposa sobre la elipse.

La fuerza virtual del reportaje consiste en que rehúsa necesariamente la evasión, en que alcanza su forma más elevada (lo mismo que en las novelas de Tolstoi) en la posesión de lo real por la inteligencia y la sensibilidad, y no en la creación de un mundo imaginario (mundo destinado a veces también a la posesión de lo real). Un repórter dentro de un arte cuya expresión esencial es la metáfora no puede ser más que un manipulador; el poeta, el novelista serán siempre más grandes que él. Si el objeto del arte es destruir el hecho, el repórter está vencido; pero si su objeto puede ser la aproximación elíptica no de dos palabras, sino de dos hechos, cineasta y repórter recobran su fuerza que es la misma. Aun cuando la referencia a la verdad sea más importante en el reportaje que la propia verdad; porque es evidente que Albert Londres creaba sus personajes de un conjunto de encuentros, igual que un novelista. Pero, a mi juicio, Albert Londres, uno de los mejores repórters franceses, señala menos el comienzo que el fin de una técnica. Y lo que me atrae en el nuevo periodismo, en los libros de André Viollis,

en los de Kisch, en algunos artículos de Ehrenburg, es que no se trata ya de encontrar personajes, sino cosas. Y cuando André Viollis nos muestra al director de la cárcel de Saigón llamando bonachonamente "Chiquillo sucio" al joven anamita condenado a muerte, a tiempo que le palmorea la mejilla, este rasgo no adquiere sentido, sino por todos los otros rasgos, por lo que implica. Si hay en ello una gran novela en estado bruto es porque toda nueva forma de arte supone una voluntad; es que el reportaje es débil en Francia en la medida en que no persigue nada. Balzac crea la novela moderna dándole a cada uno de sus personajes principales su dimensión épica, dándole a Grandet, Birotteau, Popinot, la intensidad que habrían tenido si el destino hubiese agregado un Napoleón a sus oficios miserables. Lo que presta a la novela de entonces este engrandecimiento de los individuos es la lucidez que conceden a los hechos del reportaje. En Ehrenburg y en todos los soviéticos, lo mismo que en Kisch, es la protesta revolucionaria que cristaliza la información desperdigada y crea la posibilidad de la obra de arte. Terminado el inventario plástico del mundo de la post-guerra, la decoración se ha vuelto irrisoria desde que se escuchan las voces de los maquinistas y a veces sus gritos; el dinero está con lo que aceptan los repórters; pero su talento está con lo que rechazan.

Es difícil para los escritores vivir en países donde no se habla su lengua; ellos, que tienen necesidad de escuchar lo que dice y calla su pueblo, sólo oyen sonidos extraños cuyas inflexiones más sutiles les resultan inaccesibles.

Ernst Toller.—En un artículo póstumo.

## YO CONOCI A ERNST TOLLER

POR ROBERT FORSYTHE

De New Masses

SUPONGO que cuántos conocimos a Ernst Toller estamos sufriendo con el pensamiento de que algo podíamos haber hecho por él, a fin de infundirle ánimo para que se sintiera menos desgraciado; mas una sola cosa le hubiera traído la salvación: nuestro triunfo en la guerra española. Fué esta derrotada, sumada a la perversa y tenaz persecución de Hitler y sus secuaces, lo que lo mató.

Cuando lo encontré la primera vez en una reunión de Lillian Hellman, era un compañero alegre que no parecía muy afectado por su situación en el destierro ni por el recuerdo de su pasado. Yo quería preguntarle sobre el período que estuvo en la cárcel; pero vacilé ante el temor de molestarlo con cosas que preferiría olvidar. Sin embargo, algo lo llevó a recordar aquello, y nos contó la historia de un pájaro que se posaba en el alero de su celda y el extraordinario romance de amor entre una muchacha presa en un ala de la penitenciaría y el hombre que estaba en la celda vecina a la de Toller. No les era posible reunirse; pero se hacían señales a la distancia y los demás prisioneros eran dichosos con su dicha.

La segunda vez que lo vi fué cuando habló en un mitin antinazi en la sala del Auditorium de Los Angeles. No bien empezó su discurso los nazis se pusieron a interrumpirle. Sonaron gritos en alemán, acusándolo de "co-

barde" y "traidor", según supe más tarde. Una parte del público exigió la expulsión de los alborotadores; pero Toller que se había puesto pálido y erogado a los primeros gritos, hizo acallar las voces amistosas y procedió a contestar a sus enemigos. Sólo más tarde, de vuelta del escenario, me di cuenta de la tensión en que se hallaba. Lo habían amenazado por carta y por teléfono, produciéndole una sobreexcitación, no de miedo, sino de impotencia ante el monstruo que lo venía persiguiendo desde los primeros días de la ascensión de Hitler.

Se odiaba en él al líder de la revuelta bávara de 1918; al pacifista, al hombre que personificaba la cultura que Hitler no podía ver viva.

Su pensamiento político nunca fué muy claro, pero siempre estaba de parte de la justicia. Recuerdo particularmente un mitin en el que la Liga por la Paz y la Democracia juntaba dinero para una serie de programas de radio. Toller precedió la colecta de un discurso verdaderamente notable. Trabajaba entonces muchísimo en sus obras, pero jamás le faltó tiempo para ayudar en lo que había que hacer. Como era un hombre de carácter y una celebridad internacional, sirvió a menudo involuntariamente de centro de cohesión de las fuerzas liberales. Quizá el punto álgido de la lucha contra los reaccionarios de Hollywood tuvo lugar cuando la Metro Goldwyn Mayer con-

trató una obra de Toller sin dejarse amedrentar por las amenazas de los fascistas. Lo sentimos, dijo la MGM., pero Toller será contratado. Antes de esto sólo bastaba que cualquiera gritara "Rojo" para desencadenar el pánico en los estudios.

La serie de éxitos nazis con ayuda de las llamadas "democracias", deprimían a Toller a un grado tal que sólo son capaces de comprender aquéllos que sabían cuán torturado y sensible estaba. Para nosotros, comparativamente, era una lucha nueva; pero él la había afrontado desde las trincheras en los días de la Guerra Mundial. Hitler, Austria, Checoslovaquia, España... Los golpes eran demasiado fuertes para cualquiera de nosotros; para Toller eran casi mortales. Con España se sintió reanimado. Tuvo la certeza de que se trataba de una lucha crucial en la historia y se entregó a ella con toda la intensidad de su espíritu. Mientras los liberales de América procuraban hasta donde les era posible ayuda médica y socorro a los refugiados, Toller trataba de conseguir un apoyo más amplio. Se dirigió a los parlamentos de Suecia, Dinamarca y otros países neutrales. Así consiguió algunos millones para España. Acción soberbia, que no se apreció debidamente aquí. Una cosa muy triste entre todas, fué la aparición de Toller en la comida de los corresponsales extranjeros en el Commodore Hotel, donde a causa de su acento y de alguna equivocación, todo el efecto de aquel triunfo se redujo a unos débiles aplausos. Esto me lleva a un asunto que me preocupa desde hace mucho. Estamos demasiado dispuestos a conceder nuestro entusiasmo a una celebridad que pasa, dispen-

sándonos un minuto de su tiempo y una mirada de aprobación; pero descontamos sin más el trabajo de un amigo seguro. Toller sufría cruelmente con esto.

Sé que ha escrito artículos para una publicación liberal que se los pidió con urgencia sin pagárselos ni darle tampoco las gracias. En cierta ocasión aceptó hablar en un mitin de Brooklyn sin pedir, naturalmente, ninguna paga. En reconocimiento, pudieron haberle mandado un coche a buscarlo, pero ni siquiera enviaron a alguien que le sirviera de guía y Toller tuvo que ingeniarse solo para encontrar el camino a través de un enjambre de líneas subterráneas que extraviarían hasta a un neoyorquino de nacimiento. Estas son nimiedades y tienen poco que ver con el destino de Toller; pero se agregaron a su angustia y a su convicción de que el público de hoy, aun aquéllos que se suponían sus amigos, lo tomaban a la ligera.

Lo vi por última vez pocas semanas antes de su muerte en la calle 45 en el entreacto de una obra. Estaba con Piscator, el famoso director alemán, también desterrado, y yo di en parafrasear el viejo adagio sobre París, diciendo que si uno se detenía un rato en las aceras de Nueva York podía encontrar a la gente más importante del mundo. Toller me miró un minuto con su modo sombrío y penetrante y dijo con una sonrisa oblicua: "Sí, en las aceras..."

Volviendo sobre esto, se me ocurre un síntoma del estado que lo llevó finalmente a la muerte; pero entonces sólo parecía su habitual sentido de la

tragedia cotidiana. El dolor del mundo siempre estaba con él. Decir esto sin más, puede dar una idea equivocada de Toller. Era un hombre gentil, pero extremadamente inflexible. Cuando se hacía bromas sobre las cosas serias—una desdichada costumbre que los americanos tienen a veces—parecía no darse cuenta; pero cuando uno estaba ya seguro de que no había comprendido, decía: "Sí, sí..." como para significar que había entendido muy bien, pero que no había de qué reír. Le era imposible tomar el mundo a la ligera; aun las bromas sobre Hitler por personas que lo odiaban profundamente, no eran

bromas para Toller. Hitler era una enfermedad a la que no curaba el ridículo. La libertad, la democracia, los derechos del hombre, no eran meros símbolos en su pensamiento. Era capaz de hablar espontáneamente de los cinco años que había pasado en la cárcel; pero ¿cómo podía olvidarlos? ¿Cómo podía olvidar el daño que Hitler había inferido a la Alemania que él amaba? ¿Cómo podía perdonar al llamado mundo liberal que atara las manos de la España democrática, permitiendo que se la asesinara? España murió por la libertad y Toller, a no haber duda, murió por el mundo.

## JAMES JOYCE, ¿GENIO O CHARLATAN?

POR PAUL ROSENFELD

De American Mercury

QUIZA se necesite algo así como la paciencia de Job y la porfía de las arañas para gustar de *Finnegans Wake*, la última y maravillosa novela fantasmagórica, de 200,000 palabras, de James Joyce. En verdad, una primera lectura de esta obra singular del ilustre autor de *Ulysses* deja apenas otra cosa que perplejidad e indignación. El notable buen humor de la mayoría de los juicios que aparecieron en las revistas acerca de este prodigioso trabajo de rompecabezas, revela el dominio personal de los críticos y la estimación unánime de que goza Joyce.

Para empezar, se trata de una de esas novelas de los últimos tiempos que, como *The Making of Americans*, de Gertrude Stein y *Towards a Better Life*,

de Kenneth Burke, tiene tanta relación con la novela realista, como el arte moderno "abstracto" (cubista y demás) con la pintura representativa. Con lo que quiere decirse que en *Finnegans Wake* el estilo mismo—la cualidad esencial y la dinámica de las palabras, su secuencia rítmica y musical, el tono emotivo dominante en la página es el medium principal de comunicación entre el novelista y el lector. Así como en el arte abstracto, el movimiento vital sentido por el artista se transmite en primer lugar por el dibujo y el color, en este nuevo libro de Joyce el sentimiento es comunicado directamente por la fluencia de la prosa. El contenido intelectual de las palabras y en cierto modo los caracteres de la narración y sus he-

chos sólo refuerzan la impresión que Joyce trata de dar. Esto es lo que algunos críticos han querido decir al llamar la atención de que en *Finnegans Wake* lo escrito más que referirse "a" cierta cosa, es la cosa misma en sí.

El libro demanda, por tanto, a los lectores una sensibilidad extraordinaria para los elementos formales de la prosa. Además, el lenguaje en que está expresado es uno original y en muchos aspectos privado.

Se compone en gran parte de neologismos sonoros—palabras de acarreo, retruécanos etimológicos, idiotismos irlandeses y otras ambigüedades humorísticas—que acopla libremente sílabas y grupos de vocablos derivados no sólo de varios dialectos irlandeses, ingleses y americanos, sino también de los siguientes idiomas: escandinavo, francés, inglés, alemán e italiano, y hasta del bajo latín y del griego clásico. Algunos de estos neologismos revelan en seguida su hábil, jocosa, y ahorrativa concentración de dos o más sentidos a la manera de Lewis Carroll. Otros son al principio completamente ininteligibles; y Joyce tiende con más frecuencia a esto que a eludirlo. De ahí que algunas personas en su primer encuentro con este libro crean que es exclusivamente una diversión para filólogos y especialistas en el espíritu y la historia de las lenguas. A otras debe parecerles una tediosa burlería de un hombre que fué alguna vez gran escritor y que ahora o ha perdido contacto con la realidad o se entretiene en jugarle una gigantesca broma al lector serio. Es posible imaginarse a mucha gente arrojando el libro a un lado y preguntán-

dose si el autor es un lunático, un charlatán o un genio inaudito.

Una segunda lectura hará al mayor número desistir de sus dudas sobre la cordura y sinceridad de Joyce. Grandes porciones de la obra continuarán oscuras; pero, como dicen los alemanes, "una luz empezará a distinguirse", y se acabará por comprender de que esta obra extraordinaria está llena de ingenio, de música maravillosa y de rara poesía. En general se resiente de un excesivo verbalismo, de una ausencia de grandes contrastes, y principalmente de una violación del molde natural de la experiencia de su protagonista. Pero trozos, páginas, capítulos enteros son pruebas de gran literatura.

Ante todo, la revelación de la idea que constituye el símbolo del libro. Esta idea es una prolongación de la de *Ulysses*—el concepto serio—cómico de que los acontecimientos más heroicos y románticos quedan reflejados en cierto grado dentro de las veinticuatro horas del día del personaje más provinciano, mediocre y grotesco. Al través de las figuras de un semiculto agente de avisos del Dublin del siglo XIX, su mujer y su joven vástago que es un intelectual medio aturdido, *Ulysses* nos permite entrever las imágenes de los héroes más románticos del mundo antiguo: el errante Odiseo, su esposa Penélope, Telémaco en busca de su padre y demás caracteres de la Odisea de Homero. La idea de *Finnegans Wake* es aquella complementaria, igualmente semihumorística, semiseria, por la que en el sueño de personas en apariencia vulgares y grotescas se recapitula el pro-

ceso del conjunto de la vida humana, organizada y desenvuelta en forma invariable. En sus sueños estos dormidos, no importa hasta dónde confusos y vagos, repiten el sueño de la especie y perciben lo que se llama la naturaleza del Ser, la esencia de la realidad.

Lo que parecía una jerigonza a pri-

mera vista, resulta tener al fin muchos sentidos. *Finnegans Wake*, aun más que *Ulysses*, es un libro de Joyce para Joyce y otros escritores. Como quiera que se lo mire, perdurará como una hazaña asombrosa, y cualquiera que sea su suerte, se diría a propósito para fertilizar otros talentos, provocar otras inteligencias, en las generaciones del futuro.

## LA REBELION DE TOLSTOI

POR STEFAN ZWEIG

De Marianne

NO fué la vanidad ni una curiosidad especulativa lo que hizo tomar un día a Tolstoi el camino del investigador inquieto en busca de Dios; no; se sintió arrastrado a pesar suyo y hasta contra su voluntad. Tolstoi, que mejor que cualquier otro, había visto y gozado cuanto hay de sensual en este mundo; que era un hombre de la tierra y ligado a la tierra, no había sentido hasta entonces, en ningún momento de su vida, inclinación por la metafísica. Nunca fué el pensador a quien anima un instinto elemental o la alegría de pensar; en su arte épico, era el lado sensible de las cosas y no su sentido lo que llamaba su atención. No se volvió, pues, voluntariamente hacia la especulación, sino que fué de pronto víctima de una crisis.

Tolstoi siente que le sucede algo terrible. "Por primera vez comprende entonces claramente que nada le aguarda en el porvenir, a él y a los otros hom-

bres, fuera del sufrimiento, la muerte y la aniquilación eterna; es cuando decide que no puede ya vivir más; o encuentra una explicación a la vida o tiene que matarse".

Tolstoi, que libre de cuidados externos o internos, había pasado su vida en el placer y en el trabajo, se convierte súbitamente en un adepto de la filosofía. Se pone a leer obras filosóficas sin orden ni concierto: en Schopenhauer y Platón, Kant y Pascal busca una explicación del "sentido de la vida". Pero ni los filósofos ni los sabios le proporcionan una respuesta. Se aparta entonces de ellos y se acerca a las religiones en busca de consuelo.

En esta época de su crisis interior, Tolstoi no se preocupa todavía de una doctrina que trascienda su persona, no es un iniciador, un revolucionario en el sentido espiritual de la palabra; quiere conquistar la paz del alma para sí mismo. Se esfuerza dentro de la orto-

doxia más estricta; estudia, sobre todo, el Evangelio.

Entonces le sucede lo que a todos los inquietos buscadores de la verdad. Encuentra que el Evangelio y sus mandamientos no son ya observados por nadie. Del buscador nace un creyente, del creyente un profeta, y del profeta al fanático no hay más que un paso. Así de una desesperación personal surge una doctrina autoritaria, que empieza a tomar cuerpo, una reforma de todo el pensamiento espiritual y moral y, además, una nueva sociología.

Ahora bien, una experiencia milenaria ha dado a la Iglesia un olfato especial para perseguir el peligro que representa toda interpretación personal del Evangelio.

El primer libro doctrinal de Tolstoi, "Mi Confesión", es inmediatamente prohibido por la censura, el segundo, "Mi Fe", por el Santo Sínodo; y, a pesar de las consideraciones que les merecen a las autoridades religiosas el gran escritor para recurrir a medidas extremas, concluyen por pronunciarse contra él y excomulgarlo. Tolstoi se ve desde entonces lanzado por un camino que lo lleva irresistiblemente a convertirse en el más resuelto enemigo del estado, en el más apasionado anarquista y adversario de la colectividad que la época contemporánea conoce. Pronto la civilización moderna, la sociedad del siglo XIX con todos sus derechos y todas sus injusticias no tendrá enemigo más indómito y peligroso que el más grande escritor de la época.

Según Tolstoi, hay un solo y poderoso culpable que conserva toda la injusticia de la organización social contemporánea, y este criminal es el Es-

tado. Le parece que no ha sido inventado más que para proteger la propiedad; con este único fin ha establecido su sistema de violencia a través de las numerosas redes de las leyes, de los abogados, de las prisiones, de los jueces, de las policías, de los ejércitos.

Así Tolstoi, el buscador del Evangelio, convertido definitivamente en un anarquista radical, llega a la conclusión de que todo hombre que piensa moralmente debe resistir al Estado.

El "hombre cristiano", según Tolstoi—y de hecho se puede también llamarlo: "el anarquista puro"—debe negar el Estado y, moralmente, vivir fuera de esa institución inmoral; pero lo que distingue a Tolstoi del revolucionario político que odia asimismo la organización del Estado, en lugar de ignorarlo, lo que da otra base a su doctrina, es únicamente esa actitud puramente pasiva, puramente negativa, apática, que acepta soportar todo sufrimiento.

Es muy clara, pues, la línea de separación que traza Tolstoi entre su rebelión religiosa—propia de un cristiano puro—y la actividad del profesional de la lucha de clases. El sueño de Tolstoi es la revolución interior, la de la conciencia inquebrantable y pronta a cualquier sufrimiento, no aquélla del puño armado: una revolución de almas y no de puños.

Pero si conviene eliminar al criminal que es el "Estado", no hace menos falta encontrar un principio de orden. Aquí se comprueba por milésima vez en la historia de la humanidad, a qué punto, en el dominio social, es más difícil construir que criticar. Tolstoi recomienda para asociar todos los intere-

ses en lucha—y esto asombra de parte de un psicólogo que ha buceado quizá como ningún otro en las profundidades del alma humana— simplemente: "el amor", "la fraternidad", "la fe", "la vida en Cristo". Para Tolstoi, sobre el abismo insondable abierto hoy entre los que poseen, los niños mimados de la civilización, y los que no poseen nada, es imposible tender un puente si las clases poseedoras no se desprenden voluntariamente de todos sus privilegios y exigen menos de la vida.

A su juicio, desde que los hombres tuvieran iguales necesidades o mejor una idéntica ausencia de necesidades, la unidad sería restablecida entre ellos, y entonces los malos instintos del odio no tendrían aplicación.

Estas tesis parecieron tan atrayentes en los países de grandes contrastes sociales, que la autoridad de Tolstoi en su época llegó a ser tal que muchos hombres concibieron el deseo de aplicar esta nueva doctrina tolstoiana. Pero la fatalidad quiso que todos los ensayos fuesen otras tantas decepciones, aun en el interior de su propia casa, de su propia familia.

Con todo, es posible comprobar, sin ninguna clase de exageración, que entre los pensadores contemporáneos, ninguno, ni Marx o Nietzsche, han movido a tantos millones de hombres para conducirlos, es cierto, por caminos muy diversos. Pero así como del Paraíso fluyen corrientes en sentidos exactamente contrarios, las ideas de Tolstoi han tenido el raro destino de fecundar los movimientos espirituales más incompatibles del siglo XX. Sin duda, nada más lejos de él que el bolchevismo sistemático. Empero, ninguno de los revolucio-

narios rusos del siglo XIX ha abierto más el camino a Lenin y Trotsky que Tolstoi.

Y, cosa extraña, su doctrina actuó al mismo tiempo sobre otros millones de hombres en un sentido exactamente opuesto. En el otro extremo del mundo, en la India, Gandhi el no cristiano, toma de Tolstoi en vez de su parte revolucionaria, el apostolado del no cristianismo, la tesis de la no resistencia.

Las ideas no llevan en sí mismas ninguna dirección. Sólo cuando la época las toma ellas son conducidas por sí mismas como la vela por el viento. Poco importa cuanto puede ser condenable en ellas; puesto que sin ninguna duda las ideas de Tolstoi han madurado en gran medida la historia de la época, la historia del mundo; con todas sus contradicciones, sus escritos teóricos constituyen para siempre un elemento esencial de la vida espiritual y social de nuestro tiempo; y ¡cuánto pueden todavía dar hoy al individuo! Es en todo momento una gran alegría poder sentir que un artista superior es al mismo tiempo un ejemplo moral, un hombre que en vez de reinar en virtud de su propia gloria, se hace el servidor de la humanidad, y en su esfuerzo por descubrir la verdadera ética rechaza todas las autoridades de la tierra y no se somete más que a una sola; su propia e incorruptible conciencia.

Tolstoi ha muerto: la Rusia de ayer, cuya debilidad e impotencia fué expresada en la filosofía y pintada en la obra de este artista genial, se ha hundido en el pasado. Pero su herencia contiene elementos que lejos de pertenecer al pasado, auguran el porvenir.

Lenin.—En la muerte de Tolstoi.

## FUROR TEUTONICUS

*(Dos biografías alemanas de Hitler)*

POR F. L. SCHUMAN

De New Republic

**A**DOLFO Hitler es la desesperación de los biógrafos. Aun en las mejores circunstancias es difícil trazar la vida de un jefe político vivo. Pero cuando el jefe es un César medio loco que ha llegado al poder gracias al frenesí de sus fanáticos y a la ineptitud de sus enemigos y adversarios; cuando es al mismo tiempo un cero a la izquierda y un Mesías; cuando su comportamiento va desde lo terrible hasta el lugar común, desde lo ridículo hasta lo sublime, desde lo vulgar hasta lo patológico; y cuando rodea su vida privada de un misterio impenetrable, oye voces espectrales en la obscuridad y termina con los que saben demasiado; entonces la tarea del biógrafo se hace casi imposible. "Es notable—escribe Rudolf Olden—la vaguedad y la incertidumbre de todo lo que se ha dicho e impreso sobre la vida privada de Adolf Hitler".

Empezando por su nombre, no hay nada seguro al respecto—mucho es lo que se ignora y mucho lo que se esconde intencionadamente. Quizá nunca se consiga levantar esos velos. Los muertos no hablan. A pesar de todo esto, que hace de una biografía definitiva, una labor para los historiadores de la generación subsiguiente, Konrad Heiden y Rudolf Olden, trabajando cada uno por su lado, han pintado los mejores y más brillantes retratos que se han hecho del Fuehrer. Los dos libros sólo

tienen de común el sujeto que tratan. El material de cada uno ha sido seleccionado a conciencia y presentado con método en un estilo excepcionalmente fluido. Heiden se lleva la palma por sus notables caracterizaciones; pero Olden no se queda muy a la zaga; y su traductor Walter Ettinghausen, ha cumplido bien su parte. Olden es más erudito que Heiden. Anota las numerosas inexactitudes de "Mein Kampf", y reconstruye los orígenes familiares de Hitler y su infancia. Por lo demás, estas obras son razonablemente exactas y sólidas, a pesar de su estilo periodístico. Todo observador de la escena europea recibirá con agrado estos estudios esclarecedores del déspota más peligroso e irresponsable del mundo.

Los dos biógrafos son alemanes desterrados. Ambos fueron periodistas liberales. Ambos son antifascistas hasta la médula. Ambos descienden hasta la invectiva y declaman al describir el Sábado sangriento ("el asesinato de los asesinos por sus cómplices") como llama Heiden a esta masacre. Pero, por lo general, los dos autores no se salen del tono de grata imparcialidad y de "objetividad" tan poco común y que resulta tan valioso en estos trabajos. Los dos se sienten al principio desconcertados por algo obscuro, extraño y misterioso que encuentran en esta vida. Pero sin ser marxistas ni freudianos, cada uno ofrece a su modo datos de in-

terés para los psiquiatras y economistas y contribuyen así a la solución del misterio que revelarán por completo, los técnicos de la psicopatología y del materialismo histórico.

En estas páginas, un joven frustrado y neurótico incorpora a su propia personalidad los fracasos y neurosis de todo un país en disolución y se convierte por eso en el símbolo y en el jefe de los perdidos. Heiden escribe: "Un hombre fracasado y una nación fracasada han concertado una alianza. He aquí el agitador de la canalla que ha descubierto que "los hombres en ocasiones y las masas siempre rinden homenaje no a sus intereses, sino a sus ilusiones".

Heiden diseña el origen y la infancia de Hitler con menos destreza que Olden; pero lo sobrepasa al trazar el desarrollo de la marcha del partido, "ese mundo de erotismo racial y de camaradería en el crimen", y la evolución de la jefatura del partido: "ese caldero hirviente de envidia y ambición—todos contra todos". La puja se manifiesta en detalles llenos de color. Poco es lo que omite o desperdicia. Si en algún momento presta demasiada atención a los rumores y murmuraciones, el cuadro, en su totalidad, es sin disputa auténtico.

Olden es más circunspecto y evita las informaciones sin fundamento. Heiden tiene un capítulo no muy verídico, "Mujeres", donde refiere que Hitler es (o fué) sexualmente normal y que tuvo varios amores desgraciados. Olden no encuentra pruebas para afirmar esto y apunta que el antisemitismo pornográfico de Hitler se debe probablemente

a su frustración sexual y a su inversión, que es "una forma de envidia sexual". El análisis que hace Olden del carácter de Hitler es claro e incisivo.

El Fuehrer, como el Kleinbürgertum del cual salió y como la Alemania que él dirige a la ruina, es un caso de supercompensación por inferioridad de sentimientos. Está destinado por siempre jamás a llamar la atención sobre sí, a provocar la simpatía de una sociedad que le niega importancia. La "tisis" ficticia de sus días de estudiante; su "heroísmo" en la guerra; su "ceguera" en 1918, toda la historia de su vida confirma la validez de esta interpretación. El refugio de los que se sienten inestables e inseguros es la intolerancia, la temeridad y la brutalidad.

"Las almas débiles se dejan llevar fácilmente por la violencia. La violencia agranda a los cobardes. Un espíritu maligno sopló esta verdad en el corazón del demagogo. El mismo no posee un corazón muy fuerte. Es de un carácter débil, afeminado, y sólo una ambición indomable le impide caer una y otra vez. El profundo parecido con sus víctimas le ha permitido llegar al poder y subyugarlos".

En último análisis, Hitler elude a los dos biógrafos tal como escapa a todo el mundo. El secreto de Hitler, escribe Olden con excesiva simplicidad, "se resuelve en cuanto comprendemos que este hombre vive sólo de lo externo, de marchas y desfiles con banderas y estandartes, de la adulación del mundo, del amor entusiasta de sus amigos, del estrépito en la lucha, de los gritos arrebatados de las mujeres; y, sobre todo, de las torrenciales e interminables pe-



roraciones... Como Proteo cambia la forma de su ser; pero es siempre el mismo".

Heiden afirma: "Es un caso de doble personalidad en la que una no es responsable de la otra. En distintas palabras, esto quiere decir que Hitler no es responsable de sus actos. Porque Hitler no es un hombre con quien un ser razonable puede ponerse de acuerdo: "es un fenómeno al que uno tiene que exterminar o ser exterminado por él".

Este hecho no fué tomado en cuenta por las fuerzas fatigadas de la democracia alemana. Este hecho escapa aún ahora a Europa—cansada, indiferente e inhibida por la ansiedad paralizante. Ante el Duce y el Fuehrer el estadista fallido tiembla de miedo y fa-

tiga. El subtítulo del libro de Heiden, editado en Zurich y que Winifred Ray habría hecho bien en conservar, en su, por lo demás, admirable traducción, define nuestro tiempo: "Das Zaitalter der Verantwortungslosigkeit, como la época de la irresponsabilidad. La irresponsabilidad de las hordas de Hitler lo llevó al poder. Su propia irresponsabilidad lo convierte en el jefe de una sociedad enferma que va dando tumbos hacia el crimen y el suicidio colectivos. La irresponsabilidad del mundo burgués, no fascista, permite la agresión y acepta el aniquilamiento. El jinete acéfalo del Apocalipsis está destinado a ser el verdugo de la cultura europea. Quien sepa leer entre líneas aprenderá en estos dos volúmenes mucho, acerca de la anatomía de este desastre.

## EN DEFENSA DEL PENSAMIENTO LIBRE

POR SYDNEY HOOK

De American Mercury

**SEÑOR:** El manifiesto adjunto representa un significativo movimiento hacia la cordura en la vida intelectual americana y tiene por tanto interés para los lectores del *Mercury*. Los nombres que aparecen al pie son apenas algunos de los 130 escritores, educacionistas, científicos, etc. que lo han firmado.

New York University.

### Manifiesto del Comité pro-libertad cultural

La ola del totalitarismo se está extendiendo por todo el mundo. Arrasa

con la libertad creadora y cultural junto con las demás expresiones de la raza humana independiente. Nunca antes, en los tiempos modernos, la integridad del escritor, del artista, del científico, del universitario, estuvo amenazada tan seriamente. La presencia de este peligro y la urgente necesidad de una común acción defensiva mueve a los suscritos a lanzar este manifiesto.

Bajo distintas etiquetas y colores; pero con idéntico odio a la mente libre, la idea totalitaria se ha entronizado ya en Alemania, Italia, Rusia, Japón y España. Allí la independencia intelectual y creadora está suprimida y se le

castiga como a una de las formas de traición. El arte, la ciencia y la educación, fueron puestos todos por la fuerza al servicio de un estado todopoderoso, de un jefe deificado y de una pseudofilosofía oficial.

Los Nazis han proclamado: "No existirá más ningún artista que produzca de otro modo que nacionalmente y con un propósito nacional. Todo artista que se aparte de esta preocupación debe ser perseguido como un enemigo de la nación hasta que renuncie a su intolerable resistencia".

Las palabras y los actos de todos los otros regímenes totalitarios están de acuerdo con esta perspectiva. Y se la aplican al educador, al científico y al historiador no menos que al artista. Los resultados son la esterilidad en el arte, una vida intelectual esclavizada y una parodia trágica de la cultura. Literalmente, miles de alemanes, italianos, rusos, además de otras víctimas de tales dictaduras han sido acallados, encarcelados, torturados o arrojados al destierro.

Triunfante en un gran sector del mundo civilizado, la idea totalitaria está ganando una influencia asaz peligrosa en muchos otros países. Amenaza arrollar naciones donde el sistema democrático de vida, con su libertad cultural, domina todavía. Hasta en los Estados Unidos sus principios son demasiado evidentes: en la aparición de dictadores políticos locales, en la violación de los derechos civiles, en la propagación alarmante de fobias y odios contra minorías raciales, religiosas y políticas. Sombras ominosas de guerra se están juntando en nuestro propio país. Detrás de ellas acechan peligros no só-

lo para el movimiento obrero libre, sino también para una cultura libre.

Por medio de la propaganda subvencionada, de agentes activos y de la presión política, los Estados totalitarios logran inficionar a otros países con sus falsas doctrinas, intimidando a los artistas y universitarios independientes y esparciendo el pánico entre los intelectuales. Muchos de éstos antes de ser mutilados o destruidos por el totalitarismo empiezan a ceder al pánico. En el temor o la desesperación se apresuran a exaltar una u otra rama de la servidumbre intelectual; a hacer sutiles diferencias entre los distintos métodos de humillación del espíritu humano y de proscripción de la integridad intelectual. Muchos de ellos han declarado ya una moratoria para la razón y la libertad creadora. En vez de resistir y de denunciar todos los intentos de ponerle camisa de fuerza al pensamiento humano, glorifican bajo consignas y nombres engañosos el color o el corte de una u otra camisa.

Estas son realidades inmediatas y convincentes. De no combatirse al totalitarismo en cualquier parte y en cualquier forma que se manifieste, se extenderá también por América. Nosotros como escritores, artistas y universitarios, tenemos profunda conciencia de la responsabilidad que nos impone nuestra vocación. El hecho de que la cultura libre, proscrita y perseguida en vastas áreas de Europa y Asia busque refugio en América, eleva esta responsabilidad al plano de un apremiante deber moral.

Hacemos, por tanto, un llamado para la formación de un Comité pro-libertad Cultural, una organización independiente de todo control oculto o visible, de

cualquier grupo político, a fin de ser capaz de denunciar la represión de la libertad intelectual bajo cualquier pretexto, de defender a los individuos y grupos, víctimas de los usos totalitarios sea donde sea, y de difundir valientemente el ideal de una actividad intelectual sin trabas. Esto no nos obliga a nosotros como grupo a ninguna filosofía social en particular, sino a un criterio fundamental para evaluar todas las filosofías sociales de hoy, es decir, si permiten al pensador y al artista actuar independientemente de los dogmas políticos, religiosos o raciales. Nos

hemos reunido y hacemos un llamado a seguirnos sobre la base del mínimo denominador común de una cultura civilizada: la inviolable libertad de la creación intelectual.

Louis Adamic, Ernest Sutherland Bates, Struthers Burt, Paul F. Brissenden, Dorothy Dunbar Bromley, John Chamberlain, John L. Childs, Albert S. Coolidge, George S. Counts, Babette Deutsch, John Dewey, Max Eastman, Irwin Edman, Inez Haynes Irwin, Arthur O. Lovejoy, Ferdinand Lundberg, Walter Pach, John Dos Passos, Ralph Barton Perry, James Rorty, Morrie Ryskind, John Sloan, Dorothy Thompson.

## STALIN HABLA DE HITLER

(En vísperas de la paz de Munich)

POR CATHERINE RADZIWIŁL

STALIN hizo un chasquido con la lengua.

Acababa de pasarme un nuevo despacho de la Agencia Reuter, uno de los muchos, con los que el gobierno nazi trata de convencer al mundo de que su vacilación para hacer con Checoslovaquia lo mismo que con Austria se debía no al miedo, sino a la cordura de Hitler.

—¿Cree usted eso?—preguntó.

—No, por cierto.

—Hace bien en no creerlo—repuso. Y volvió a chascar la lengua.

Eché otra ojeada al telegrama. La última frase decía: "Europa debe exclusivamente al Fuehrer, a su serenidad y a su amor infinito por la paz, que este juego peligroso no resultara una catástrofe".

Esta vez yo también hice un chasquido con la lengua. Venía llegando de Praga, donde fui a estudiar la situación checa para "Liberty", y sabía de primera mano cuán ridícula era en verdad esa explicación del retiro de Hitler

—Lo que Hitler teme realmente—continuó el Hombre del Kremlin—es la movilización rusa. Pensaba en él mismo y no en la paz de Europa.

Que esto es exacto, no puede ponerlo en duda ninguna persona bien informada.

La crisis checoslovaca es una cosa del pasado; pero la lección que enseña es definitiva para el presente y el futuro: La paz de Europa y tal vez del mundo fué mantenida debido a una insinuación directa de Moscú al gobier-

no checoslovaco para que no temiera a nadie y movilizara su ejército. Pues por mucho que Hitler baladronara, Alemania no permitirá exponer su prestigio, lanzándose a una guerra, sin ninguna posibilidad de triunfo. Porque Stalin, el hombre mejor informado de Europa, sabe que el ejército alemán no está todavía en condiciones de afrontar a un ejército bien equipado.

—Hitler—dijo Stalin, como contestando a una pregunta mía—no es tan borracho como la gente cree. Lo que más anhela es una estrecha alianza con Rusia.

¡Una alianza entre el fascismo y el comunismo! ¡Un eje Moscú-Berlín! He aquí novedades, por cierto. Sin embargo, quién se anima a dudar de que un entendimiento amistoso con el hombre que está frente a mí es hoy el objetivo principal de cualquier gobierno europeo.

—¿Conseguirá Hitler esa alianza?—me aventuré.

—Rusia no necesita alianzas—replicó Stalin.—Rusia sabe cuidarse a sí misma.

Se detuvo un momento y luego continuó:

—Amo a Rusia y nadie sabe lo que sufro cuando la calumnian y denigran. Pedro el Grande también la amaba e hizo de ella un inmenso imperio. Todos lo admiten hoy; pero parecen olvidar cuánta sangre derramó antes de obtener éxito en su empresa. Nada grande puede hacerse sin derramar sangre, porque la sangre es la única cosa que puede aglutinar los fragmentos de un edificio que se tambalea. Y no hace mucho que la estructura total de Rusia estaba tambaleándose y a punto de

caer. Había que salvarla. Espero haberla salvado, pero no sé... Quisiera saberlo...

Mientras hablaba, se puso de pie. Una figura magnífica, colosal; un hombre profundamente convencido de la justicia de su causa, dispuesto a devolver a su país el lugar del que fué desplazado.

—Napoleón III dijo una vez: "El imperio es la paz"—prosiguió Stalin.—Yo sostengo lo mismo, pero más verdídicamente. La Rusia Soviética es la paz. Desea la paz, puede y la hará cumplir. La Rusia Soviética no es agresiva, odia la agresión, pero es capaz de hacerle frente y derrotarla. Permanecerá fiel a sus tratados, sin recurrir inmediatamente a la guerra para hacerlos valer.

Observando a este hombre—tan fuerte y tan equilibrado—comprendí más claramente que nunca que la Rusia Soviética tiene la llave de toda la situación europea. Está en sus manos, porque es la gran desconocida; porque hasta ahora nadie ha sido capaz de averiguar la fuerza real de su ejército o las intenciones de sus jefes.

Stalin continúa siendo el hombre del misterio; una especie de Viejo de la Montaña.

¿Qué hará Stalin? ¿Qué puede hacer Stalin? Estas son las preguntas que están en los labios de casi todos los políticos europeos con quienes se habla.

No hace mucho las maniobras anuales del Ejército Rojo fueron aplazadas sin explicar el motivo de esa inesperada resolución. Un periódico inglés llegó a decir que esto probaba que Rusia había dejado de existir como potencia militar. Solicitado Stalin para desautorizar esa opinión, se limitó a sonreír.

—Por que desmentirla, preguntó. Es útil a nuestros fines. No queremos que nuestros enemigos sepan si somos fuertes o débiles; lo descubrirán en carne propia si alguna vez se atreven a atacarnos.

Este es el misterio que preocupa a los políticos de toda Europa y ensombrece cualquier decisión que pudieran tomar.

¿Cómo puede atreverse Hitler a borrar Checoslovaquia del mapa lo mismo que al Austria sin saber si Rusia lo atacará por la retaguardia? ¿Cómo puede Francia pensar en combatir a Hitler, si tiene razones para temer que Stalin con su Ejército Rojo acuda en defensa de Hitler? ¿Cómo puede permitir Inglaterra que la envuelvan en un conflicto que no es el suyo, si sus perspectivas de ganar la amistad de la nueva Rusia corren el peligro de deshacerse por cualquier movimiento contrario que intente.

Desde luego, Hitler no quiere otra cosa que una estrecha alianza con Stalin. Y no obstante la declaración críptica de Stalin en el sentido de que no necesita alianzas, es posible que consiga una. Ultimamente el Fuehrer ha dedicado toda su atención diplomática a Rusia y está tratando de negociar con el gobierno soviético un acuerdo que Stalin ha querido completar en verdad desde hace tiempo, aguardando sólo el momento más favorable para hacerlo.

Esto no quiere decir que Hitler ame a Stalin ni que Stalin simpatice con Hitler. Pero ambos parecen comprender que juntos son capaces de impulsar grandemente la paz que necesitan.

—Rusia sabe, y yo también, que lo que más necesita hoy es la reconstrucción,

reconstrucción interna—subrayó Stalin. —Dentro de un tiempo sumamente corto, como verá usted misma, Rusia estará otra vez próspera y ocupará un lugar entre las naciones de mayores éxitos industriales. La gente me llama monstruo; pero esto no me aflige. A Napoleón se le llamó monstruo; también a nuestro Pedro el Grande. Y a todos los hombres que han hecho algo de la nada. Siempre he pensado en mi país, aun en los oscuros días en que estaba desterrado en Siberia o prisionero en una mazmorra. Todavía continúo pensando siempre en él y por eso, si bien está por suerte preparado como ningún otro país de Europa al presente, trataré de que no intervenga en ninguna lucha, usando de su poder para asegurar la paz en todas partes.

Stalin se detuvo como para dejar grabada esta declaración trascendental; después agregó: —Este es un hecho del cual me siento orgulloso, especialmente al recordar la insignificancia de Rusia hasta hace poco y como ha cambiado el cuadro en favor de Rusia.

Mis pensamientos volaron otra vez hacia la reciente situación de Checoslovaquia y lo mismo les debió pasar a los del Dictador, porque siguió hablando de Hitler en términos mucho más directos de lo que suele hacer un jefe de gobierno al referirse a otro.

—De seguro, esto significa algo—dijo.—Hitler estaba pronto para marchar sobre Checoslovaquia, como que sus puestos de avanzada llegaban ya hasta la frontera, cuando se le hizo sentir que un paso más podía significar que los soldados alemanes se encontraran con los rusos. Y usted ha visto lo que sucedió. Sin embargo, no se hizo nin-

guna conminación, ninguna amenaza. Simplemente la presencia de Rusia era una cosa seria que debía tomarse en serio. Un conflicto con nosotros, no se le escapaba que podía ser su propia ruina.

—Si es así—le pregunté—¿por qué no usó la Rusia Soviética el mismo procedimiento cuando la pobre Austria fué invadida?

—Por una sola causa. No había tratado ni entendimiento alguno entre Austria y la Rusia Soviética; además, Rusia hizo tanto por Austria en el pasado, recibiendo en cambio la peor ingratitude, que habría sido locura correr en su defensa.

—De modo que la Rusia Soviética es la paz—murmuré.

—Indudablemente—fué su respuesta decisiva.—La Rusia Soviética es lo bastante fuerte para impedir que estalle otra vez la guerra contra la humanidad.

Stalin hizo esta última declaración con justificado orgullo. Gracias a él Rusia se ha convertido una vez más en un factor determinante de la política europea, como fué durante el reinado de Alejandro III. Gracias a él el antiguo dominio de los Ruriks obtiene de nuevo lo suyo, porque ahora Rusia, en su actual desarrollo, no puede continuar siendo ignorada aunque se la ponga fuera de la civilización junto con los que la gobiernan; su voz es imprescindible cuando se discuten las cuestiones de política internacional.

Felizmente, Stalin comprende muy bien que Rusia y él mismo tienen todo que perder, si intervienen en las complicaciones europeas. Pero eso nunca se

dejarán envolver en las peleas o disensiones de otros pueblos.

Rusia piensa sólo en sí misma y Stalin sólo en Rusia. De este modo es hoy el más eficaz defensor que tiene el mundo contra el crimen de una nueva guerra, que acabaría con los remanentes de nuestra civilización. Un pregunta me inquietaba aún:

—¿Pero qué será de España y China? ¿Su suerte no atañe a la humanidad?

No le concierne a la Rusia Soviética—fué su sorprendente respuesta.—Sólo Rusia concierne a Rusia.—Lo que sucede en otras partes sólo le interesa hasta cierto punto. La Rusia Soviética no luchará a favor de sus vecinos y rivales; pero luchará con uñas y dientes cuando sus intereses sean amenazados.

—Rusia está trabajando en su propia reconstrucción; Rusia está en vías de convertirse en la nación más grande del mundo y mientras yo sea responsable de su bienestar no permitiré que se desvíe de su camino. No es un camino hacia la guerra, a pesar de que la guerra no le inspira temor a Rusia.

Una vez más Stalin se detuvo como para acentuar su propia conciencia de lo que decía.

—Ni a sus gobernantes—agregó ceñudo.

Entonces del modo más inesperado volvió a chascar la lengua.

No podremos estar contentos hasta que la viuda de Franco le participe a Stalin en su lecho de muerte que Hitler fué asesinado en el funeral de Mussolini.

Vernon Bartlett.—En "Forum".

## UNA LECCION RECIENTISIMA

(Después de la llegada de Hitler a Praga)

*(Desde el golpe de Hitler hasta la capitulación de Stalin)*

POR LEÓN TROTSKY

De Liberty y Clave

LA Princesa Catherine Radziwill (Liberty, septiembre 3, 1938) considera a Stalin "el hombre mejor informado de Europa". No se puede de ningún modo estar de acuerdo con esto. Stalin no lee ningún idioma extranjero y sólo sabe del mundo exterior lo que sus agentes le brindan en traducciones rusas. Todo agente está aterrizado con la posibilidad de aparecer ante el Kremlin como pesimista, o no lo permita el cielo, como derrotista. En consecuencia, los agentes coleccionan únicamente aquel material que está de acuerdo con las últimas declaraciones del mismo Stalin. Con lo que Stalin vive en un mundo hecho a su medida. Tal es, entre otras, la razón por qué los fanáticos y monstruosos procesos de Moscú, destinados a mostrar al mundo el poder de Stalin, revelaron en última instancia su debilidad.

A partir del año 1933 la significación internacional de la U.R.S.S. aumentó rápidamente. Con frecuencia se podía escuchar a los periodistas europeos: "El Kremlin tiene en sus manos el destino de Europa". "Stalin ha llegado a ser el árbitro del mundo", etc. No importa hasta donde resultaban exageradas estas apreciaciones aun en aquel tiempo, ellas respondían, sin embargo, a dos factores innegables: la agudización de los antagonismos mundiales y el crecimiento del Ejército Rojo. El éxito rela-

tivo del primer Plan Quinquenal, el desarrollo evidente de la industrialización, que creó una base material para el ejército y la marina, la detención de la parálisis progresiva de los ferrocarriles, la primera cosecha favorable en las bases de los "coljoses", la multiplicación del ganado, la disminución de la miseria y la indigencia, fueron los requisitos internos que determinaron los éxitos de la diplomacia soviética. Las palabras de Stalin: "La vida es más fácil ahora, la vida es más feliz ahora", se refieren a este período. Para las masas trabajadoras, la vida, en verdad, se había vuelto algo más fácil. Para la burocracia mucho más feliz.

Entretanto, el ejército de 800,000 hombres de los tiempos de paz, se elevó hasta un millón y medio. La flota empezó a revivir. Desde el advenimiento del régimen soviético, una nueva oficialidad tuvo tiempo de formarse, empezando por los subtenientes hasta los mariscales. Además, la oposición tanto de derecha como de izquierda estaba desbaratada. El poder de Stalin parecía incommovible. Todo esto en conjunto transformó al gobierno soviético sino en el árbitro de Europa, por lo menos en un factor internacional significativo.

Los últimos dos años no han dejado huella de esta situación. Londres no sólo se ha inclinado ante Roma y Berlín, sino que también exige a París que

se desentienda de Moscú. De este modo, Hitler, por intermedio de Chamberlain, tiene ahora la posibilidad de llevar a cabo su política de aislamiento de la U.R.S.S. Aunque Francia no ha renunciado a su pacto con la U.R.S.S. lo ha puesto en segundo término. Habiendo perdido su fe en la ayuda de Moscú, la Tercera República se arrastra descreída a las plantas de Inglaterra. Italia y Alemania, con el consentimiento del propio Chamberlain tienen la intención de echar raíces en España, donde hasta hace poco Stalin parecía ser—y no sólo a sus propios ojos—el dueño del destino. En el lejano Oriente, donde el Japón encontró obstáculos inesperados, Moscú sólo fué capaz de escaramuzas fronterizas. Y éstas siempre por iniciativa del Japón.

La causa de la decadencia del papel internacional de los Soviets en los últimos dos años no hay que buscarla por cierto en la reconciliación o debilitamiento de las contradicciones internacionales. Sean cuales sean las oscilaciones episódicas, los países imperialistas se están aproximando fatalmente a una guerra mundial.

Sept., 1938.

## LA PANDILLA BONAPARTISTA

Esta vez, el golpe inmediato ha sido asestado a Checoslovaquia. Francia e Inglaterra han recibido un serio quebranto. Pero el golpe más formidable ha sido para el Kremlin. Su sistema de ficciones, de charlatanismo y de engaños ha sufrido un derrumbamiento internacional.

Después de aplastar a las masas soviéticas y de romper con la política de

la revolución internacional, la pandilla del Kremlin se ha transformado en juguete del imperialismo. En lo que tenía de fundamental, la diplomacia de Stalin durante los últimos años, no era más que el reflejo y el complemento de la diplomacia de Hitler. En 1933, Stalin había buscado con todas sus fuerzas, la alianza con Hitler. Pero la mano extendida fué rechazada, pues Hitler que anhelaba la amistad con Inglaterra, se hacía aparecer como el salvador de Alemania y de Europa contra el bolchevismo. Entonces, Stalin se impuso la tarea de demostrar a la Europa capitalista que Hitler no le era necesario, que el bolchevismo no encerraba en sí mismo ningún peligro, que el Gobierno del Kremlin era un animal bien amaestrado que sabía alzarse en los cuartos traseros para extender la mano. Así fué como Stalin, alejándose de Hitler, o más bien alejado por éste, se transformó poco a poco en un lacayo y en un asesino al servicio de los países del imperialismo.

Este es el origen del absurdo furor que muestra la banda totalitaria del Kremlin para arrodillarse ante la democracia burguesa gangrenada. Este es el origen de la idealización estúpida de la Sociedad de Naciones. Este es el origen de los "frentes populares" que han estrangulado a la Revolución Española. Este es el origen de la substitución de la lucha real de clases por las declamaciones "contra el fascismo". Con una impudicia particular se manifestó la actual función internacional de la burocracia soviética y del Comintern en el Congreso Pacifista de México (septiembre de 1938) en el que los agentes de Moscú

trataron de convencer a los pueblos de la América Latina de que no debían luchar contra el imperialismo real que los amenaza, sino exclusivamente contra el fascismo.

Como era de esperarse, Stalin no consiguió con estas bajas maniobras, ni amistad ni confianza. Los imperialistas no acostumbran apreciar a una sociedad por las declaraciones de su "jefe", ni siquiera por el carácter de su estructura política, sino por su base social. Mientras que la U.R.S.S. mantenga la propiedad estatal de los medios de producción, conservando el monopolio del comercio exterior, los imperialistas, incluyendo a los "democráticos" no tendrán hacia Stalin más confianza, pero si un respeto incomparablemente menor, del que sentía la Europa feudal y monárquica por el primer Bonaparte. Cefiido con la aureola de sus victorias y rodeado del cortejo de sus brillantes mariscales, Napoleón no escapó a Waterloo. Stalin ha coronado la serie de sus capitulaciones, fracasos y traiciones con el exterminio general de los mariscales de la Revolución. ¿Se puede tener la menor duda sobre la suerte que le aguarda?

El único obstáculo para la guerra es el espanto de las clases poseedoras ante la revolución. Mientras la Internacional Comunista permaneció fiel a los principios de la revolución proletaria, fué, junto al Ejército Rojo, al que estaba estrechamente ligada, el más importante de los factores de la paz. Al prostituir al Comintern, transformándolo en una agencia del imperialismo "democrático", al decapitar y paralizar la fuerza militar de los soviets, Stalin desató definitivamente las manos de Hi-

tlar, así como a sus adversarios, y empujó a Europa a la guerra.

Los falsificadores de Moscú, cubren a su antiguo amigo el demócrata Benes, de imprecaciones baratas porque "capituló" demasiado pronto e impidió que el Ejército Rojo aplastara a Hitler, independientemente de la actitud de Francia. Estos rayos teatrales hacen aparecer de la manera más clara la impotencia y la hipocresía del Kremlin. ¿Quién lo obligó a creer en Benes? ¿Quién lo obligó a someterse al mito de la "alianza de las democracias"? ¿Quién, en fin, le impidió en las horas críticas, cuando toda Checoslovaquia hervía como una caldera, pedir al proletariado de Praga que se adueñara del Poder y enviarle en su ayuda al Ejército Rojo? Evidentemente, es más difícil luchar contra el fascismo que fusilar y envenenar a viejos bolcheviques...

Todos los pequeños Estados y especialmente todos los pueblos coloniales deben aprender del ejemplo de Checoslovaquia qué clase de ayuda pueden esperar del Kremlin.

Oct., 1938.

#### HITLER Y STALIN

Los periódicos hablaron mucho en los últimos meses acerca de pláticas secretas entre Berlín y Moscú, para la preparación de un acuerdo político y aun militar bajo la forma de un tratado económico. Es todavía difícil juzgar exactamente lo que hay de verdad en estas informaciones. En todo caso, síntomas absolutamente infalibles muestran que sí se verificaron y verifican algunas pláticas, ¿cuál será el resultado de estas pláticas secretas? Eso depende, en

el momento actual, en todo caso, no de la fidelidad de Stalin al principio de "la democracia", ni tampoco de la fidelidad de Hitler a la bandera del "anti-marxismo", sino de la coyuntura internacional. Un acuerdo de Stalin con Hitler, si se realizara, y en esto no hay nada de imposible, sólo podría sorprender a los bobos incurables de los frentes democráticos y de las ligas pacifistas de toda clase:

No nos detendremos aquí sobre la cuestión de saber en qué medida un acuerdo de Stalin con Hitler o, más exactamente, de Hitler con Stalin es verosímil en el próximo período. Esta cuestión exigiría un análisis detallado de la situación internacional en todas sus variantes, pero aun en este caso, sólo sería posible dar una contestación muy condicional, ya que los participantes mismos del juego no pueden ahora decir con plena certidumbre a dónde exactamente los lleva este juego. Pero aun antes de que el acuerdo entre Moscú y Berlín sea un hecho, se ha convertido en un factor de la política internacional, pues todos los centros diplomáticos de Europa y del mundo cuentan ahora con su posibilidad.

Un acuerdo con un país imperialista—cualquiera que sea, del tipo fascista o democrático—es un acuerdo con los esclavistas y explotadores. Un acuerdo temporal de esta clase, puede ser naturalmente impuesto por las circunstancias. Es imposible decir de una vez por todas, qué acuerdos con los imperialistas son inadmisibles, cualesquiera que sean las condiciones, de la misma manera que es imposible decir a un sindicato que no tiene derecho de concluir compromisos con los capitalistas, cualesquiera

que sean las circunstancias, una intransigencia de esta clase tendría puramente un carácter verbal. Mientras un estado obrero exista aislado, sus acuerdos episódicos con los imperialistas son inevitables, en cierto límite. Pero hay que recordar claramente que eso se reduce a la utilización del antagonismo entre dos pandillas de imperialistas, nada más. No puede ser cuestión de cubrir los acuerdos secretos con consignas idealistas generales, del tipo de "defensa común de la democracia"; consignas que no contienen nada, sino la más vil engañifa a los obreros.

Sin embargo, la cuestión de saber si en general son permitidos acuerdos de un estado obrero con imperialistas, y en particular fascistas, y en qué condiciones exactamente, pierde ahora, en su forma abstracta, toda importancia. No se trata de un estado obrero en general, sino de un estado obrero en proceso de degeneración y de putrefacción. El carácter del acuerdo, su fin y sus límites dependen inmediatamente de quién concluye el acuerdo. El gobierno de Lenin pudo encontrarse forzado en Brest-Litvosk a concluir un acuerdo temporal con los Hohenzollern, para la salvación de la revolución. El gobierno de Stalin puede concluir acuerdos sólo en interés de la pandilla dirigente del Kremlin y en detrimento de los intereses del proletariado internacional. Los acuerdos del Kremlin con las "democracias" significaron, para las secciones correspondientes del Comintern, la renuncia a la lucha de clases, el estrangulamiento de las organizaciones revolucionarias, el apoyo al social-patriotismo y, como resultado, la bancarrota de la revolución española y el sabotaje de la lucha clasista del

proletariado francés. El acuerdo con Chang Kail Shek significó la liquidación inmediata del movimiento campesino revolucionario, la renuncia a los últimos restos de independencia del Partido Comunista, la substitución del marxismo por el sunyatsenismo. El semiacuerdo con Polonia significó el aplastamiento del Partido Comunista Polaco y la exterminación de su dirección. Cada acuerdo de la pandilla del Kremlin con la burguesía extranjera está dirigido inmediatamente contra el proletariado del país con el cual se concluye el acuerdo, así como contra el proletariado de la U. R. S. S. La pandilla bonapartista del Kremlin ya no puede vivir sino desmoralizando, aplastando al proletariado en todas partes a donde se extienden sus garras.

El rasgo fundamental de la policía internacional de Stalin en los últimos años es el hecho de que él vende el movimiento obrero, como el petróleo, el manganeso y otros productos. No hay en estas palabras ni una gota de exageración. Stalin considera a las secciones del Comintern de los diferentes países y la lucha emancipadora de los pueblos oprimidos, como una moneda de cambio en sus cuentas con los estados imperialistas. Cuando necesita la ayuda de Francia, somete el proletariado francés a la burguesía radical. Cuando tiene que apoyar a China contra el Japón, somete el proletariado chino al Kuo Ming Tang. ¿Qué va a hacer en caso de un acuerdo con Hitler? Hitler no necesita en verdad la ayuda de Stalin para estrangular al Partido Comunista Alemán. La nada en la cual se encuentra, es la consecuencia de toda su política anterior. Pero es muy verosímil que Stalin decida supri-

mir los subsidios para el trabajo ilegal en Alemania: esa será una de las menores concesiones que tenga que hacer, y la hará con mucho gusto. Hay que suponer también que a la campaña ruidosa, alharaquenta y hueca "contra el fascismo", que desarrolló en los últimos años el Comintern le será puesta una sordina. Merece atención el hecho de que el 20 de febrero, cuando nuestra sección norteamericana movilizó masas importantes de obreros en la lucha contra los nazis norteamericanos, los stalinistas rehusaron totalmente participar en esta contramanifestación que tuvo un eco nacional, e hicieron todo lo que dependía de ellos para disminuir su importancia y ayudar así a los partidarios americanos de Hitler. ¿Qué hay en el fondo de esta política verdaderamente traidora: Cierta estupidez conservadora y odio hacia la Cuarta Internacional o algo nuevo, por ejemplo, una reciente instrucción de Moscú que recomiende a los señores "antifascistas" ponerse un bozal para no dificultar los arreglos de la diplomacia de Moscú con la diplomacia de Berlín? Esta hipótesis no es de ninguna manera tan inverosímil. El futuro próximo traerá la verificación. Con seguridad se puede decir esto: un acuerdo de Stalin con Hitler no cambiaría nada, en el fondo, a la función contrarrevolucionaria de la oligarquía del Kremlin. Revelaría solamente esta función dándole un carácter más vivo y aceleraría la quiebra de las ilusiones y de las falsificaciones. Políticamente, la tarea no consiste en "disuadir" a Stalin de abrazarse con Hitler, sino derrocar a los dos.

## LA CAPITULACION DE STALIN

En su discurso en el congreso del sedicente Partido Comunista, que se celebra actualmente en Moscú, Stalin despedaza abiertamente la idea de la "alianza de las democracias para resistir a los agresores fascistas". Los provocadores a una guerra internacional ya no son ni Mussolini ni Hitler, sino las dos principales democracias de Europa, la Gran Bretaña y Francia, que, según los términos del orador, quieren arrastrar a un conflicto armado a Alemania y la U. R. S. S., bajo el pretexto de un ataque de Alemania contra Ucrania. ¿El fascismo? Nada tiene que ver en esto. No puede hablarse, según Stalin, de un ataque de Hitler a Ucrania, y no hay el menor fundamento para un conflicto militar con Hitler. El abandono de la política de la "alianza de las democracias" se completa inmediatamente con una humillante arrastrada ante Hitler y con una limpia precipitada de sus botas. ¡Ese es Stalin!

En Checoslovaquia, la capitulación de las "democracias" ante el fascismo encontró su expresión personificada en el cambio de gobierno. En la U. R. S. S., gracias a las inapreciables ventajas del régimen totalitario, Stalin es su propio Benes y su propio general Sirovy. Cambia los "principios" de su política, precisamente para no verse cambiado él mismo. La pandilla bonapartista quiere vivir y dominar, y todo el resto es para ella cuestión de "táctica".

En realidad, los métodos políticos de Stalin no se distinguen en nada de los métodos de Hitler. Pero en la esfera de la política internacional, la diferencia de los resultados salta a la vista. En un

corto plazo, Hitler ha recuperado el territorio del Sarre, ha derrumbado el tratado de Versalles, se ha apoderado de Austria y del país de los Sudetes, ha sometido a su dominio a Checoslovaquia y tiene influencias sobre cierto número de otros Estados de segunda o tercera categoría. Durante los mismos años, Stalin no ha conocido en la arena internacional más que derrotas y humillaciones (China, Checoslovaquia, España). Buscar la explicación de esta diferencia en las cualidades personales de Hitler y de Stalin, sería demasiado superficial. Hitler es, indudablemente, más perspicaz y más audaz que Stalin. Sin embargo, eso no es decisivo. Lo decisivo son las condiciones sociales generales de ambos países.

Ahora está de moda en los medios radicales superficiales, poner el mismo costal al régimen de Alemania y al de la U. R. S. S. Esto no corresponde a nada. En Alemania, a pesar de todas las "reglamentaciones" estatales, existe un régimen de propiedad privada de los medios de producción. En la Unión Soviética, la industria está nacionalizada y la agricultura colectivizada. Conocemos todas las deformaciones sociales que la burocracia ha hecho aparecer en el territorio de la Revolución de Octubre. Pero permanece el hecho de una economía planeada sobre la base de la estatización y de la colectivización de los medios de producción. Esta economía estatizada tiene sus leyes propias que cada vez se acomodan menos con el despotismo, la ignorancia y el robo de la burocracia stalinista.

El capitalismo monopolista, en el mundo entero, y, particularmente, en Alemania, se encuentra en una crisis sin

salida. El propio fascismo es la expresión de esta crisis. Pero en los cuadros del capitalismo monopolista, el régimen de Hitler es el único posible para Alemania. El enigma del éxito de Hitler se explica por las tendencias de la sociedad burguesa agonizante. Hitler alcanzará bien pronto su apogeo, si no es que ya está en él, para rodar en seguida al abismo. Pero este momento aun no ha llegado. Hitler explota, todavía, la fuerza dinámica del imperialismo luchando por su existencia. Por el contrario, las contradicciones entre el régimen bonapartista de Stalin y las necesidades de la economía y de la cultura han alcanzado una tensión intolerable. La lucha del Kremlin por su autoconservación no hace más que profundizar y exacerbar las contradicciones que conducen a una guerra civil incesante en el interior; y en la arena internacional, a las derrotas que son su consecuencia.

¿Qué representa el discurso de Stalin: un eslabón en la cadena de una nueva política en vías de formación, apoyada en primeros acuerdos ya celebrados con Hitler, o solamente una pelota de ensayo, una oferta unilateral de la mano y el corazón? Es muy verosímil que la realidad esté más cerca de la segunda variante que de la primera. Vencedor, Hitler no tiene prisa en fijar de una vez por todas sus amistades o enemistades. Por el contrario, tiene gran interés en que la Unión Soviética y las democracias occidentales se lancen una a otra la acusación de "provocar la guerra". En todo caso, con su ofensiva Hitler ha ganado algo: Stalin, que todavía ayer era casi el "Alejandro Nevski" de las democracias occidentales, vuelve hoy sus miradas hacia Berlín y confiesa humildemente los pecados cometidos.

¿Qué lección? Durante los tres últimos años, Stalin declaró agentes de Hitler a todos los compañeros de Lenin. Exterminó a la flor del Estado Mayor, fusiló, destituyó, deportó a cerca de 30,000 oficiales—todos bajo la misma acusación: la de ser agentes de Hitler o de sus aliados. Después de haber desmantelado el partido y decapitado al ejército, Stalin, ahora, lanza abiertamente su candidatura al papel de... principal agente de Hitler. Dejemos a los rateros del Comintern que mientan y se desembrollen como puedan. Los hechos son tan claros y tan convincentes que nadie podrá engañar a la opinión pública de la clase obrera internacional con frases charlatanescas. Antes de que caiga Stalin, el Comintern será despedido. Y para que una y otra cosa se realicen, no habrá que esperar muchos años.

11 de marzo de 1939.

Si quiere usted fastidiar, y aun perjudicar, si se tercia, a sus enemigos—me dijo un viejo taimado—no tiene más que cersurarles los mismos defectos o vicios de que usted adolezca. Indígnese, y acuse.

En primer lugar, eso hará creer a la gente que está usted libre de tales defectos o de tales vicios.

En segundo lugar, es posible que su indignación llegue hasta a ser sincera, con sólo atenerse a los dictados de su conciencia.

Supongamos que sea usted un renegado: pues eche usted en cara a sus adversarios el ser tornadizos y faltos de opinión propia.

Si tuviera alma servil, llámeles lacayos de la civilización, de Europa, del socialismo.

—¡Hasta se puede decir lacayo del anarquismo!—agregué yo.

—¡Vaya si puede decirse!

Ivan Turgueniev.—Senilia.

## POLEMICA SORDA

POR ARTURO CANCELA

De La Vida Literaria

EN la vecindad de mi casa, hay una jabonería en la que suelen reunirse algunos espiritistas. He llegado a saber que lo son, porque en sus reuniones, no obstante celebrarse de noche, se economiza la luz casi tanto como el ingenio por los escritores nacionales. Además, tuve la plena confirmación de tal carácter, porque tras de los espiritistas veía llegar a los espíritus invocados, como en pos de los conspiradores suelen ir los pesquisas. Estos últimos se deslizaban furtivamente, avergonzados de su desnuda inmaterialidad, pues, al contrario de lo que hacen los modelos de pintores, los espíritus sólo se visten cuando tienen que posar.

Noches pasadas, hallábame yo a la puerta de mi casa, cuando acertó a pasar por frente a ella la sombra de Sarmiento. La reconocí inmediatamente, gracias a su completa falta de parecido con las esculturas que perpetúan su memoria. "Este no puede ser sino Sarmiento"—me dije al ver que no tenía punto alguno de contacto con el de Rodin y el de Sonza-Briano.

Seguro así de su identidad, le invité a pasar a mi escritorio. Atraje al gran vanidoso con la promesa de leerle las últimas páginas que se han escrito sobre su persona.

—Va usted a saber la verdad sobre usted mismo.

—¿La verdad sobre Sarmiento?

—Así se llama el artículo que ha firmado el doctor Manuel Gálvez. Más afortunado que Pilatos, este contempo-

raneo nuestro sabe dónde está la verdad y la enuncia en un artículo de cien líneas. Pero el resultado es el mismo que si la ignorase; el doctor Gálvez, como Pilatos, le crucifica a usted.

—¿Qué dice de mí?

—Dice, ante todo, que usted educó su espíritu en el positivismo, funesta tendencia filosófica que ya estaba definitivamente muerta en Europa, cuando usted la tomó como guía de su obra escrita y de su acción.

—¿El positivismo?

—Sí, señor general; el positivismo de Comte. No hay otro positivismo, a menos que el doctor Gálvez le dé a esa palabra la acepción que le prestan los comerciantes, que es la de preferir el dinero a todas las demás cosas. En cuyo caso, tanto el doctor Gálvez como el doctor Martínez Zuviría, como el señor Cancela, serían mil veces más positivistas que el pobre Sarmiento.

—¡Pero, si cuando el auge del positivismo comtiano en Francia, hacía ya muchos años que estaba completada mi formación espiritual! En materia de filósofos europeos, yo había leído a Victor Cousin y a Jouffroi, a quienes cité con frecuencia. Estos autores, junto con Voltaire y Rousseau, constituyeron la base de mis creencias de carácter especulativo. A Comte sólo le conocí de oídas, y siendo ya sordo...

—Lo mismo le ocurre al doctor Gálvez.

—¿Qué? ¿También...?

—Quiero decir, que sólo conoce a

Comte de oídas. Es, por lo demás, lo mismo que le ocurre a los positivistas argentinos. Igual cosa nos acontece con usted. Le conocemos por unos cuantos resúmenes, algunas semblanzas tan arbitrarias como sus estatuas y media docena de anécdotas recibidas por tradición oral. Todos hablamos de usted por oídas y todos somos un poco sordos. Y el doctor Gálvez, más que todos.

—¿Y esa es la verdad sobre Sarmiento?

—No; dice, además, que usted fué insensible a los valores estéticos y espirituales; que usted carecía de sentido histórico y que sólo se preocupó de enseñar a leer, a difundir las bibliotecas populares y de asegurar el orden. Y concluye, que hay que hacer obra antisarmientescas...

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!

Y el espíritu de Sarmiento, sin despedirse, se alejó rumbo a la jabonería.

## EL INDIO JUAN CHIPACO

POR DOMINGO F. SARMIENTO

1811-1888

### I

JUAN Chipaco era un indio santiagueño, dotado de cualidades morales que no son siempre cristianas, pues a veces descienden de las condiciones peculiares a otros linajes, como la obstinada adhesión al patrón, al amo, a la casa, que lo acerca al perro, en su fidelidad y amor.

En el huerto de naranjos que se conserva al lado del ingenio de la Cruz Alta, señálase un naranjo especial de talla crecida, a cuya sombra se cobijó hasta su muerte el indio Juan Chipaco, cuidador del plantío, desde un ranchito de su hechura que le servía de asilo.

Es tan notable este tipo de moral india, que es acto de moral conservarlo, como uno de los rasgos característicos de la raza que conquistó estos países y sometió a sus habitantes, acercándonos a las tradiciones del imperio

de los Incas, cuya lengua quedó por estos bosques, en sus descendientes.

Juan Chipaco, aparece desertor del ejército de Oribe, buscando refugio por estos campos de Tucumán. No se ha olvidado cómo se reclutaban nuestros ejércitos de la guerra civil. Las partidas salían a reunir gente como la leva antigua y como la *press* inglesa, para remontar de marineros la escuadra. Los prisioneros son entregados a los jefes de cuerpo para llenar los vacíos que ha dejado el combate o la desertión. El soldado no tiene partido ni opinión. Los pobres, como decía Rozas, pertenecen al partido federal; los negros fueron en cuerpo y alma de la patria; los indios de quien los mande, eso ya se sabe.

Juan Chipaco se encuentra soldado de Oribe, no se sabe cómo; pero cuando el ejército se prepara a regresar para abajo, el indio quíchua encuentra que es demasiado pedirle, y deserta con un

compañero de raza y patria al bosque que la crónica en su efímero pasaje recuerda por el **Cordero**.

Andaban ambos prófugos huyendo de las miradas de todos en aquella época de terror, y acaso por buscarse la vida, que no siempre se halla en los campos solitarios, se acercaron a alguna población, donde apercibiéndolos los soldados de Oribe emprendieron la persecución hasta que dos tomaron a Cordero, acaso peor montado que Juan. Quedaría éste en acecho por los vecinos sotos de quebrachos y arbustos espinosos cuando oyó balar a su compañero en tan lastimeros términos, que no dudó que lo estaban degollando o por degollar, como era práctica casera en aquella época maldita de canibalismo. Oribe, sus subalternos y sus sargentos aplicaban este remedio a todas las enfermedades políticas como se ha usado algún tiempo la sangría.

Juan Chipaco, ya salvo, acudió, sin embargo, al lado de su compañero, mató un soldado, hirió al otro, y llamó siempre Cordero al que con tan terrible alarido había pedido socorro.

Quedaron en los alrededores de Tucumán siendo desertores, y se fueron acercando a las casas después de restablecida la paz. Fué Chipaco aceptado peón en la finca de la Cruz Alta, que mediaba entre la ciudad y el desierto intermediario hasta Santiago, con lo que podía hacerse la ilusión de que estaba en sus términos, o que tenía a su alcance la puerta del campo.

### II

Andando el tiempo y gozando de gran valía con su patrón robáronle a

éste el caballo de estima de su silla, y Juan Chipaco era rastreador como Calibar, pues es dote de los habitantes del desierto seguir el rastro, más que peculiaridad árabe o india. Habrá rastreadores en el país donde no hay todavía caminos trillados.

Dos días después, Chipaco dió cuenta de su encargo. "Te han robado el caballo, sacándolo por tu misma puerta, patrón. Lo han llevado a lo de la santiagueña, a donde paraban los ladrones. De allí sale el rastro para Santiago; no te ocupes del caballo. Dalo por perdido"—le decía según la gramática del quíchua que trata de tú y vos a los blancos, cualquiera que sea su graduación.

La santiagueña era una mujer de dudosa existencia, teniendo parada para ambulantes de su misma calaña. Verificado el rastro en los alrededores del rancho, el crimen y la complicidad estaban confesados.

El amo del caballo y señor feudal del lugar, de que era inquilina la santiagueña, resolvió castigar ejemplarmente el delito de hurto, con connivencia de aquella posadera; y haciéndola venir a las casas de la Cruz Alta, y confesado el delito pasó a Juan Chipaco el chicote que el jinete lleva siempre en las manos, que es caballero desmontado todo dueño de casa de campo, y ordenó al que había descubierto el robo, dar a la encubridora cincuenta azotes. Chipaco había tomado maquinalmente el chicote, mientras el patrón, Posse, afeaba a la delincuente su maldad; pero reiterada la orden con la última palabra, Chipaco permaneció inmóvil con el cabo del rebenque en la posición en que lo había tomado, los



ojos fijos en los del iracundo Juez y la sonrisa de la resignación del mártir resuelto a todo, sin oponer otra fuerza que la de inercia. Insistía Posse, reiteraba la orden a gritos, sin obtener un movimiento, ni una disculpa. Fuera de sí desde que se persuadió de que era irrevocable la tranquila y silenciosa negativa a ejecutar la sentencia, Posse le arrebató el rebenque y le descargó por la cabeza varios golpes al empackado servidor.

Es de creerse que este exceso no cambiaría la fisonomía plácida, la mirada estólida, la sonrisa resignada que tanto debieron irritarlo. La escena concluyó despidiendo a la mujer y al servidor y quedándose solo para pensar en la extrañeza de lo sucedido, y el acto de violencia a que la cólera lo había arrastrado. La mujer culpable debió abandonar para siempre el lugar; lo que hizo cesar el movimiento de intrusos y foráneos por aquellos alrededores, mientras que en el interior de la finca se echaba de menos la figura tranquila de Chipaco, más que ofendido, avergonzado de su desgracia y esquivando presentarse ante el ofensor verdadero.

Acosábalo el remordimiento al dueño de casa, y arreciando el malestar a medida que transcurrían los días, resolvió enderezar el entuerto dando cumplida satisfacción al agraviado. Hízolo buscar y decirle que deseaba hablarlo, y en viniendo con ánimo apocado y acercándose a pasos contados, mucho debió impresionarlo el sincero arrepentimiento de su patrón, y la casi humildad con que imploró de su sirviente el perdón, abundando en declaraciones de afecto que en verdad eran ex-

cusadas por estar de manifiesto. Para poner el sello de la reconciliación entre el blanco y el indio, entre el barón feudal y el siervo, como antes había puesto en manos de Juan el látigo de la justicia, ponía esta vez el premio de la virtud en un puñado de plata. Juan hubo de mirarla con los mismos ojos sorprendidos que el rebenque; pero reteniendo el puño cerrado la mano afectuoso del donador pródigo, pues era un caudal lo que le daba, veinte pesos, despejó Juan su ceño, dejó ver la dentadura de marfil del indio, y levantando el brazo, y tomando el portante, gritó al salir, y arrojó al cielo las monedas para que descendieran en lluvia sobre una muchedumbre ausente, "que todos tomen y se diviertan con la plata del patrón, que yo no recibo dones ni acepto castigo por cumplir con el deber".

### III

Quedó con esto restablecida la buena inteligencia en la servidumbre, continuando en sus puestos cada uno, hasta que un día pidió Juan Chipaco, despertándose en su alma de súbito el amor al terruño olvidado, permiso para ir a pasar los días festivos del carnaval que se acercaba, entre sus amigos, vecinos y deudos, de que no tenía noticia desde la época de la leva que lo hizo soldado y de la deserción que lo libertó. Fuele concedida gracia tan merecida, reunió sus mejores prendas, y montado en su buen caballo se dirigió hacia el Este por caminos practicados entre Tucumán y Santiago. ¡Cuánto debió divertirse en aquellas corridas de caballo en que los paisanos acometen a los ranchos en festiva algazara, y festejan

a su manera a las mujeres, no sin que algunas sabinas pasen por equivocación al campo de los romanos!

Muy divertido debió estar el carnaval en el pago de Chipaco, en Santiago aquel año, puesto que pasó el día de ceniza, transcurrió la cuaresma y sobrevino la semana sin que en la hacienda de la Cruz Alta se tuviese noticia de Juan Chipaco, que por lo visto había tomado por pretexto el juego de carnaval, para volverse a su pago definitivamente, desertando de su puesto y ahorrándose las emociones de una despedida o ser tachado de ingrato y reconocerlo, o ceder al fin a las afectuosas instancias de su patrón para que permaneciese.

Preocupábalo a éste aquella súbita terminación de abandonarlo del buen indio, no encontrando en sus recuerdos incidente alguno que la motivase, y una vez que recorría algún departamento de la finca, pensando en ello, al andar del caballo no sin gran sorpresa vió salir de entre un cañaveral un indio desgreñado, vestido de harapos y con los cabellos esparcidos en mechones desaliñados, que se dirigía hacia él, haciéndole seña de detenerse para hablarlo. Era la sombra de Juan Chipaco, des-carnado, apenas cubiertas las carnes, y como si la enfermedad y los años lo hubiesen desfigurado.

"Necesito hablarte, patrón, en secreto—dijo Juan al acercarse—y quiero que me oigas con calma como yo te oí cuando me pegaste, porque necesito tu amparo, después de la desgracia que me ha sucedido. Vengo a pedirte que me lleves ante el Juez, para saber si he cometido delito, matando un hombre que me venía a matar a mí; que me

castiguen como merezco o me absuelvan, porque no es vida la que llevo a montes, huyendo del temor de que me tomen, como de mí mismo, creyéndome matador sin que pueda defenderme por falta de patrón que declare que soy hombre de bien, y no he hecho voluntariamente mal a nadie".

Pasó luego a narrar lo sucedido, y es que en las corridas de carnaval dió con los ladrones del caballo de su patrón, los cuales estando tomados resolvieron matarlo, por haber denunciado el hecho, y él huyendo trató de ganar la habitación de la misma santiagueña que había sido cómplice del robo y se había trasladado a aquel lugar, y a quien él había salvado de ser castigada, por haberse negado a hacer de verdugo; pero al pisar en el umbral del rancho, huyendo de sus perseguidores, cuchillo en mano, tropezó y cayeron dos sobre él, logrando sin embargo desembarazarse y clavarle a uno de ellos su propio cuchillo y ponerse de pie, visto lo cual fugó el otro y pudo montar de nuevo a caballo y tomar el campo.

El caso era arduo para el patrón consultado, no porque dudase de la verdad de Juan Chipaco, siéndole conocida su índole pacífica, sino por las dificultades del caso ocurrido en otra provincia, y cuyos jueces en aquellos tiempos eran paisanos oscuros, ignorantes o simples comandantes de campaña de Ibarra, pudiendo suscitarse la deserción que lo pondría a merced de los paisanos salvajes de la época de barbarie y crueldad sanguinaria que atravesaba el país entero, o tenerlo preso años, o mandarlo como soldado a la frontera para siempre.

Fue en vano tratar de disuadirlo del



empeño de ser presentado a la justicia, no siendo para él tan claro lo de la jurisdicción, ni siendo posible que don Wenceslato Posse se trasladase a Santiago, a abogar por la inocencia de su cliente.

Gobernaba a la sazón en Tucumán don Celedonio Gutiérrez, y para abrir el camino o allanar las dificultades, fué necesario verlo e imponerle de lo sucedido, con la historia singular del individuo.

Captóle de tal modo la voluntad el romance casi caballeresco del indio, que para darle una prueba de tenerlo por bueno, al mismo tiempo que ponerlo a cubierto de toda persecución, pidió al patrón que se lo cediese para asistente, encargándole especialmente el cuidado de sus caballos. Gustan los caudillos siempre de rodearse de homicidas que imponen al vulgo con su fama siniestra, y dan realce al jefe que sabe someterlos a su dominio personal, como si fueran dóciles perros de presa. Juan Chipaco aceptó con resignación la reivindicación por este medio asegurada, entrando al desempeño de sus funciones de caballerizo del General, como había sido mayordomo o capataz en la hacienda de su patrón; y no volvió a hablarse más de Juan Chipaco durante meses, hasta que un día Gutiérrez propuso a Posse devolverle al indio, que llenaba cumplidamente sus deberes, pero no podía disimular la pena que le daba estar lejos de su antiguo protector, como se lo había propuesto él mismo, cuando lo hubo interrogado a este respecto. Muy alegre y feliz se mostró al volver a su casa antigua, haciéndose entonces el ranchito que debía habitar en adelante como

hortelano, al pie del naranjo que conserva hasta hoy su memoria. No se dispó del todo, sin embargo, aquella habitual melancolía, que le valió su libertad, pues pasado algún tiempo volvió a solicitar de su patrón una audiencia con el encarecimiento de pedir "un favor que no me negarás".

Concitado a explicarse, después de mil circunloquios, y de ponderar el tamaño del servicio, como de la imprescindible obligación de concedérselo, en nombre de promesas antiguas y reiteradas, se precisó la demanda de veinte pesos en plata que urgentemente necesitaba. Nuevas dificultades para conceder suma entonces reputada crecida, y mayor dificultad para declarar el destino que aquel caudal había de recibir. Al fin compelido el indio a expresarse por la promesa de otorgarle el pedido si su objeto era justo, confesó que por años lo había atormentado el remordimiento del mal involuntario que por deber hizo a la santiagueña, de denunciarla como cómplice del robo del caballo, habiéndola encontrado en la miseria rodeada de hijos en el rancho miserable donde él fué a asilarse, cuando los ladrones cayeron sobre él para matarlo. Los veinte pesos que pedía eran para mandarle en descargo de su conciencia. Le fueron mandados y Juan Chipaco murió en edad muy avanzada en la quinta que es hoy el ingenio de azúcar más bien dotado de maquinaria.

El huerto de naranjos adyacente a las casas subsiste aunque raleado por la temprana caducidad de muchos árboles, que al secarse dejan irreparables claros...

ANTONIO MACHADO  
ERNEST HEMINGWAY  
LUCIEN BOSSOUTROT  
B. SANIN CANO  
KURT KERSTEN  
JEAN CASSOU  
WALDO FRANK  
MARTIN BUBER  
ALFONSO REYES  
MARIO JUAREZ  
LUIS FRANCO  
MALCOLM COWLEY  
JOSE MARTI

Alemania o la exageración  
Apuntes sobre la próxima guerra  
Ansia de un mundo nuevo  
Trescientos millones de víctimas  
Goethe y la Revolución Francesa.  
Examen de conciencia del intelectual  
Carta Whitmaniana  
La cooperación intelectual  
Un proceso espiritual.  
Aduana lingüística  
Un poeta alciónico  
Frau Marx  
En la muerte de Marx

# BABEL

REVISTA DE REVISTAS  
APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Suscripción mínima a 12 números en Chile... \$ 10.00  
» » a 20 » fuera de » ... \$ 1 oro  
Número suelto en Chile..... \$ 1 m/l.  
Número suelto fuera de Chile..... \$ 0,05 oro

Pedidos de suscripción a la  
LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

AHUMADA 125.—SANTIAGO DE CHILE

acompañando el importe en giro postal o bancario.

# BIBLIOTECA SELECTA NASCIMENTO

## OBRAS PUBLICADAS

N.º 1. EL HOMBRE EN LA MONTAÑA, novela de Edgardo Garrido Merino. \$	10.—	N.º 23. PRISIONERO DE GUERRA, por Augusto Guzmán.....	12.—
N.º 2. ALGO DE LO QUE HE VISTO, Memorias de Don Crescente Errázuriz.	20.—	N.º 24. EL CACHORRO, por Víctor Domingo Silva....	12.—
N.º 3. CASA GRANDE, novela de Luis Orrego Luco....	12.—	N.º 25. EL MONJE POLITICO, por Alejandro Vicuña.....	12.—
N.º 4. MERCEDES URIZAR, novela de Luis Durand..	10.—	N.ºs 7, 9, 19, 20, 22, 27, 28, 29 y 30 son los tomos IX, X, III, IV, V, XII, XIII, XIV y XV respectivamente de las LEYENDAS Y EPISODIOS CHILENOS, de Aurelio Díaz Meza, c/u.....	12.—
N.º 5. EL MUNDO EN LLAMAS, novela de Boris Shatzky.....	10.—	N.º 31. LA HERENCIA MORAL DE LA FILOSOFIA GRIEGA, por Enrique Molina.....	20.—
N.º 6. EL VALLE DEL SOL, novela de Diómedes de Pereyra.....	\$ 12.—	N.º 32. PASION Y MUERTE DEL CURA DEUSTO, por Augusto d'Halmar...	15.—
N.º 8. MELPOMENE, poemas de Arturo Capdevila.....	10.—	N.º 33. IMAGENES DE CHILE, por M. Picón-Salas y G. Feliú Cruz.....	20.—
N.º 10. HOJAS AL VIENTO, por Diómedes de Pereyra	12.—	N.º 34. CAUCHO, por Diómedes de Pereyra.....	20.—
N.º 11. LA SERPIENTE DE ORO, por Ciro Alegria...	10.—	N.º 35. ORATORIA, por José María Pinedo.....	10.—
N.º 12. DEL CALDERO DEL CHACO, por Aquiles Vergara.....	12.—	N.º 36. MI TIO VENTURA, por Ernesto Montenegro.	10.—
N.º 13. SANGRE DE MESTIZOS, por Augusto Céspedes	10.—	N.º 37. CAMARADA, por Carlos Sepúlveda Leyton....	15.—
N.º 14. SUS MEJORES CUENTOS de A. Hernández Catá.....	20.—	N.º 38. POR LOS VALORES ESPIRITUALES, por Enrique Molina.....	20.—
N.º 15. MEMORIAS DE OCHENTA AÑOS, por Ramón Subercaseaux. 2 tomos.....	25.—	N.º 39. BULA MATARI (Stanley en Africa), por Jacobo Wasserman.....	15.—
N.º 16. LAS DOS ESPAÑAS, por Fidelino de Figueredo	10.—	N.º 40. GOLONDRINA DE INVIERNO, por Víctor Domingo Silva.....	12.—
N.º 17. MEMORIAS, por Abdón Cifuentes. 2 tomos..	30.—		
N.º 18. ZOÉ, por Benjamín Subercaseaux.....	12.—		
N.º 21. NICARAGUA LIRICA. por Augusto Oviedo Reyes.....	15.—		